

Habla el Sr. Fernández de Castro

SOLUCIONES

I

Con *very bad will*—como dicen nuestros grandes y buenos amigos los americanos—vuelvo á tomar hoy la pluma para discurrir sobre nuestros asuntos públicos. A ello me obliga por modo ineludible la exigencia de varios amigos muy apreciables de distintas opiniones políticas, entre los cuales hay algunos adversarios de los más leales que en toda ocasión he tenido, quienes me estrechan el cerco con preguntas concretas y estocadas cortas, ceñidas y bien señaladas.

“Aceptamos, sin disputa, su determinación—se me dice—y respetamos sus deseos de separarse por completo de la contienda, pero emita usted su opinión, díganos qué cree usted que debemos hacer ahora.”

“Podrá usted darse por muerto—me dicen algunos—pero los pueblos no mueren; y no siendo posible dar por muerto al pueblo cubano—que *está vivo*—¿qué hacemos con él? ¿cómo entiende usted que debe solucionarse su actual difícilísima situación? ¿qué podemos hacer para evitar los males del porvenir ya que los pasados no puedan, por desdicha, ser remediados?”

“Usted se queja,—dicen otros—expone sus agravios, se retira y da por saldadas todas sus cuentas con la patria; pero bien podría en su despedida darnos algún consejo, formular una solución. ¿Es que usted entiende que debemos todos cruzarnos de brazos en derredor de los interventores y no hacer más que entonar cánticos fúnebres, con música de rumbas callejeras, sin que se nos ocurra otra cosa que decir: “Ay Bilongo, Bilongo! cómo se murió Mercedes?”

Vamos á ver si prescindiendo del habitual buen humor con que siempre disipo mis tristes pensamientos y que en este instante me incita á dar una contestación *guasona* á esas preguntas, puedo escribir algunas líneas serias, pensadas y sentidas sobre el asunto, aspirando á ocupar el puesto del tercer filósofo, ya que según *La Lucha* de ayer tenemos dos: uno en la Habana y otro en Aguada de Pasajeros.

Siempre entendí que mi país no debió pasar por un salto mortal de su

condición de colonia á la vida de Estado independiente. Un pueblo sometido durante siglos á las dos instituciones más funestas que registra la historia—la esclavitud y el despotismo militar—fracasa necesariamente en sus empeños nacionales y malogra la gestación de su personalidad política si llega á la independencia sin hábitos de libertad, sin prácticas de gobierno propio y sin virtudes y costumbres públicas, cualidades que sólo se adquieren durante una época de gobierno intermedio y preparatorio de la capacidad mental, moral y política que se necesita para poder disfrutar, después, sin riesgo ni peligros, la soberanía efectiva de las naciones soberanas.

La sabia naturaleza con sus leyes inflexibles funda todas sus armonías en el proceso lento, magestuoso y fecundo de sus maravillosas evoluciones. El árbol no da frutos si antes no dió flores, y no florece si no ha sido primero embrión, luego arbusto, después árbol en pleno desarrollo. El hombre, imagen y semejanza de la divinidad—según reza la Religión—es primero feto, luego niño, después infante, más tarde adolescente y por último, tras breve juventud, hombre maduro con la conciencia clara de sus deberes y destinos.

El amor *legítimo* á mi patria y mi devoción fervorosa por sus *libertades*, me llevaron á mantener, como un mandato de la conciencia, la solución autonomista; y durante una larga carrera política de desinterés y sacrificios, que nadie tiene el derecho de desconocer, fui leal defensor de Cuba *libre* dentro de la *soberanía* de España. Por idénticos motivos al cesar la dominación española fui partidario de un gobierno civil americano que tomara á su cargo las obligaciones paternas que no quiso, no supo ó no pudo cumplir con mi pueblo el gobierno español.

Pero el hecho es que las cosas no resultaron como debieron ocurrir. El proceso natural se interrumpió por las revueltas y violencias populares, de igual modo que se altera la marcha ordenada de la Naturaleza por los sacudimientos de la tierra y las perturbaciones de la atmósfera.

Truncadas nuestras tradiciones por la catástrofe social, como quedan desarbolados nuestros bosques y nuestros prados después del huracán, se inició en el país una era nueva y se planteó el problema de nuestra personalidad política en otros términos, entre los

102

cuales vino a ser precisamente el más importante un factor extraño á nuestros antiguos ideales y ageno á nuestras legítimas aspiraciones, aunque no indiferente á nuestros destinos.

Bajo la presión de este elemento nuevo y con las limitaciones que quiso imponer en aquellas circunstancias, definió el pueblo cubano, en convención constituyente, su ley fundamental, fijó sus instituciones y determinó los organismos que estimó adecuados á su gobierno propio. Y se estableció la

República á gusto de Washington y por procedimientos que tuvo á bien aplicar el general americano que presidió aquellas elecciones.

No se organizó la República con todos los elementos que constituyen el verdadero pueblo cubano, ni vivió en debida armonía con todos ellos. En el cúmulo de errores en que se deslizó su efímera existencia dió el más acabado espectáculo de inconsciencia que registra la historia de los pueblos constituyentes. Siendo este país esencialmente agrícola, la República estuvo casi tres años sin Secretario de Agricultura. Se proclamó conservadora y los elementos conservadores fueron por ella preteridos ó maltratados. Se anunció pomposamente como gobierno de orden, previsión y economías, y resultó desordenada, despilfarradora y atolondrada. Y en sus postrimerías cuando quiso ser enérgica fué despótica, gobernando con resistencias injustas, temerarias violencias y desprecios inmerecidos á todas las clases sociales, precisamente en los momentos en que más necesitadas se encontraban las masas de cierta dirección acertada, previsoras, sensatas y respetuosas que constituye en nuestro pueblo, por su índole especial —y lo sé por experiencia propia— la única base legítima de una discreta gobernación. Por último: los principales valedores de esa República la desnaturalizaron á tal extremo que llegaron á considerar el país como patrimonio particular y se dispusieron á perpetuarse en el poder para disfrutar eternamente de una posición oficial que les hacía dueños de todos los poderes públicos, árbitros de todos los intereses privados y únicos señores de nuestros destinos.

Como es natural que ocurriese “entre cubanos” ese hermoso castillo de naipes tenía que venir al suelo al más ligero soplo de la brisa tropical.

Aquí ya es cosa vista hace mucho tiempo que nuestra gente no aguanta

esa clase de “gruperas,” ni toiera esa “cincha de berija”. No aguantó esos arreos á los mandarines españoles—ni creo que se los soportará á nadie—cómo había de sufrirlos, sin “respingar”, á los caciques “nativos”. Nuestro pueblo es muy manso y muy bueno, pero nunca rayó su mansedumbre en mengua, ni su bondad en cobardía. Y ya sabemos lo que ocurrió.

Plantado de nuevo el problema en los mismos términos en que lo colocaron los acontecimientos de 1898—que fueron “decisivos”—como afirmé en mi última carta á nuestro insigne Aramburu y encontrándome realmente desde entonces con una sociedad nueva, un nuevo pueblo y en circunstancias políticas nuevas y muy originales, lo que ha de hacerse y lo que puede hacerse ha de ajustarse necesariamente á moldes nuevos también.

Pero de eso trataré en otro artículo á fin de dejar debidamente contes-

tadas las preguntas de mis buenos amigos, á quienes bastará hoy, para su satisfacción, que yo encuentro muy justificadas sus exigencias, las cuales me recuerdan aquella otra del *guajiro* que me decía: “Pero, señor: si ya la lechona parió; vamos á ver ahora lo que podemos hacer para lograr la cria.”

Rafael Fernández de Castro.
Ingenio “Lotería”, Enero 28, 1907.